LAS IGLESIAS EN LA AMERICA LATINA FRENTE A LOS PROBLEMAS SOCIALES

Rev.
HECTOR LAZOS E.
Pastor luterano de la Iglesia de la Santísima Trinidad, Caracas

Las Iglesias viven hoy en una situación de cambio. Este cambio se identifica con términos como: urbanización, industrialización, movilidad social, multiplicación de comunidades, el Tercer Mundo, etc. Estos cambios sociales constituyen un reto a todos los habitantes de la América Latina: protestantes, judíos, católico-romanos y otros. Mediante el Bautismo, los cristianos tenemos el privilegio de poder participar en la misión de Dios en Su creación. Para la América Latina esta misión se ve principalmente en términos de acción social, desarrollo y una responsabilidad cristiana en común. Creo que se han superado los tiempos cuando la Iglesia Católica Romana les negaba a los protestantes cualquier derecho a evangelizar este continente. Los monopolios del pasado tienen que dar paso a una era en que todos los cristianos son partícipes en la tarea de promover "el bienestar universal de toda la familia humana", como lo expresó el Papa Juan XXIII en su **Pacem in Terris.**

La pregunta que intento contestar en este ensayo es la siguiente: ¿Están las Iglesias llevando a cabo satisfactoriamente su misión de cambiar la sociedad latinoamericana? Como se puede ver, la pregunta presupone que la sociedad latinoamericana necesita un cambio y que este cambio resultará en beneficio de la sociedad entera. Creo que ninguno de nosotros querrá negar que grandes sectores de la sociedad latinoamericana no han obtenido todavía el derecho a una vida verdaderamente humana, o que estas mismas clases sociales son explotadas por los grandes y por los más ricos. "La Iglesia no pregona que la permanencia y la inmutabilidad sean un ideal. Al contrario, el Evangelio exige la primera y radical revolución: la conversión. Y esta conversión no es solamente interior y espiritual, sino que se dirige a todo el hombre, corpóreo y social." (1)

En primer lugar examinemos brevemente el "ethos" socio-teológico de las Iglesias que forman las tres cuartas partes de la comunidad protestante en América Latina. Augusto Fernández Arlt dice que las Iglesias Evangélicas están aisladas o separadas del mundo (2). Tratan de convertir o regenerar a individuos sacándolos de la comunidad en que viven. Para muchos evangélicos, la experiencia de la conversión significa negar toda su vida anterior. Han dejado atrás el mundo para ahora formar parte de la Iglesia de los Santos, de los Salvos, de las "colonias celestiales". Han relegado todos los intermediarios entre ellos y Dios, ya sean éstos los santos, los sacerdotes, los espíritus o la Virgen María para confiar únicamente en Jesucristo, según se ha revelado a Sí mismo en las Escrituras y por el Espíritu Santo. Su transformación de vida se hace manifiesta en que abandonan las antiguas costumbres que ahora consideran paganas y los antiguos placeres como el alcohol, el tabaco, la música popular, el cine, etc., que ahora consideran vicios. Y así todas sus vidas se orientan hacia la Iglesia institucional y sus actividades (3). De allí que algunos han dicho que las Iglesias Evangélicas en la América Latina viven en una especie de "ghetto". Todo su tiempo y energía los dedican exclusivamente a entender y propagar la historia evangélica de la salvación en Cristo. Pero en lo que se refiere a las estructuras políticas o sociales, son más o menos indiferentes. Reconocen que el orden político es establecido por Dios y, por lo tanto, mantienen una actitud de respeto y obediencia hacia el gobierno vigente.

Es importante notar, al mismo tiempo, que, aun cuando estas Iglesias Evangélicas permanecen más o menos indiferentes hacia los cambios sociales, su conversión misma al protestantismo constituye una forma de hostilidad y rebelión contra una estructura social decadente. Con razón o sin ella, estos cristianos evangélicos consideran a la Iglesia Católica Romana como un símbolo del orden tradicional decadente e injusto. Así, pues, su conversión al protestantismo es una forma de rebelión simbólica contra ese **status quo.**

Los primeros misioneros protestantes que vinieron a América Latina consiguieron atraer principalmente a los miembros de las clases bajas, en cuyas generaciones encontraron el clima social y emocional que anhelaban. Pero, con el Evangelio, los misioneros protestantes también trajeron consigo una ética y psicología peculiar de los pobres, como el fervor emocional, la espontaneidad en los sentimientos religiosos, el repudio de los credos abstractos y los

(1) Roman Hoffman, **Social Change in Latin America:** The Mission of the Churches. CIF Report. Vol. VI, Nº 6.

(2) Fernández Arlt, Augusto: **The Laity on Latin American Evangelical Churches.** The Layman in Christian History. Sem Press, London, 1963.

(3) Yuasa, Key: **Churches in Minority Situation: the brazilian case.** Ecumenical Review, November 1967.

ritos formales, el desarrollo de la dirección de los laicos y el énfasis en las virtudes sencillas como la ayuda mutua, la honestidad rigurosa, la igualdad, el ahorro, el trabajo, la abstención de placeres ilícitos, etc.

Esta ética evangélica, que recuerda ciertos aspectos de los revivalistas del protestantismo, ha proporcionado a estas Iglesias una manera o una respuesta a los problemas sociales. Se afirma que, mediante el ahorro, el trabajo, la educación, cada miembro es capaz de solucionar sus problemas comunes de una manera responsable. Sin duda alguna que muchos de estos evangélicos han prosperado, han llegado a ser propietarios de pequeñas industrias y han podido satisfacer todas sus necesidades materiales. Pero esta solución deja mucho que desear en una sociedad urbana e industrial. En una cultura rural o agrícola se puede concebir que las personas resolverán sus problemas mediante la iniciativa personal y las virtudes cristianas. Pero en una sociedad industrial nos damos cuenta de que las mismas estructuras sociales y el sistema económico vigente pueden ser la causa de miseria y deshumanización.

La otra cuarta parte de la comunidad evangélica de la América Latina está formada por Iglesias de inmigrantes europeos, o por Iglesias que hoy están constituidas en su mayor parte por miembros de la clase media. Los miembros de estas Iglesias son personas que han egresado de la universidad o que están entrando a ella. Esto significa un complejo de relaciones sociales, políticas y culturales distintas. Las oportunidades para movilidad social en estas Iglesias producen cambios muy rápidos (4).

Una forma como estas Iglesias han querido solucionar los problemas sociales ha sido mediante el establecimiento de instituciones protestantes. Algunas de estas instituciones (escuelas, hospitales, etc.) comenzaron como un instrumento de defensa propia de un grupo minoritario. Procuraban alcanzar cierto nivel que les permitiera ser reconocidos por la ciudad, el Estado o las autoridades federales como una utilidad pública. En algunos casos estas instituciones llegaron a alcanzar cierta calidad de servicio hasta considerarse ahora instituciones modelos, como es el caso de las universidades evangélicas en Brasil. En algunos casos, ex-alumnos de estas instituciones han llegado a ocupar cargos elevados en los gobiernos regionales y nacionales (5).

Y ¿qué es lo que una Iglesia minoritaria hace cuando ha alcanzado esta posición? ¿Qué clase de visión humana y espiritual les están ofreciendo estas comunidades protestantes a sus miembros? Desgraciadamente, el estilo institucional se presta demasiado fácil a la tentación de no solamente afirmarse a premisas teológicas de épocas anteriores, sino también a una situación social estacionaria. Por ejemplo, muchas de estas instituciones presuponen una congregación con base residencial constituidas por núcleos familiares y presuponen la Iglesia como el foco de interés y actividad de los miembros. Pero las formas de comunidad han cambiado y los miembros ahora tienen una ubicación social tal que hace que la glesia no cumpla las mismas funciones sociales que cumplió antes (6).

Antes de analizar las varias posiciones entre los católico-romanos frente a las estructuras sociales y la necesidad de cambio, es necesario recordar que la Iglesia fue parte integral de la sociedad colonial y post-colonial y, por lo tanto, comparte la responsabilidad por el estado presente de la América Latina, que en gran parte es un legado de siglos anteriores. Así lo admite el documento denominado "15 Obispos hablan en pro del Tercer Mundo", cuando dice: "En la peregrinación histórica terrenal, la Iglesia ha estado prácticamente siempre ligada al sistema político, social y económico que, en un momento de la historia, asegura el bien común y, por lo menos, un cierto orden social. Por otra parte, las Iglesias se encuentran de tal manera ligadas a dicho sistema, que parecen estar confundidos, unidos en una sola carne como en un matrimonio." Y en otro lugar dice: "Teniendo en cuenta ciertas necesidades para ciertos progresos materiales, la Iglesia, desde hace un siglo, ha tolerado al capitalismo con el préstamo a interés legal y sus otros usos poco conformes con la moral de los profetas y del Evangelio."

No cabe duda, dice el Padre Hoffman (7) que la Iglesia Católica Romana se ha resistido al cambio social. Posiblemente, la Iglesia Romana ha tenido miedo o desconfianza de estos cambios. Hoy día existen corrientes muy variadas en el seno de la Iglesia Católica Romana sobre los cambios sociales. Por una parte, hay quienes toman por sentado que es más ventajoso continuar una sociedad relativamente estable e introducir el cambio gradual y ordenadamente. Luego hay otros, como los dos sacerdotes de Maryknoll recientemente expulsados de Guatemala, que están convencidos de que la Iglesia y la teología cristiana tienen que dar cabida a aquellos que están empeñados en cambios radicales de las estructuras sociales, aun si esto llegara a requerir el uso de la violencia. Se arguye que la violencia también puede ser usada para obtener justicia y corregir injusticias.

Para ilustrar estas corrientes en la Iglesia Católica Romana quisiera mencionar sólo tres casos: el de Colombia, el de Chile y el de Panamá.

En Colombia, la Iglesia Católica Romana ha aceptado, desde 1950 en adelante, ciertos cambios sociales, pero a la vez se ha propuesto dirigirlos. El caso concreto es el sistema de educación rural para adultos conocido como Acción Cultural Popular (ACPO), subordinado a la jerarquía colombiana y desarrollado mediante escuelas radiales, institutos de capacitación de líderes, cursillos sobre técnica agrícola y una publicación semanal. Comenzada en 1947 por el Padre José Joaquín Salcedo, para 1960 decía tener 26.000 escuelas radiales en operación con casi 240.000 estudiantes matriculados, transmitiendo programas por cinco estaciones. ACPO ha logrado la alfabetización de miles de campesinos colombianos e introducido, aunque en pequeña escala, no insignificantes mejoras en higiene, técnicas agrícolas y viviendas. La gran falla o debilidad del sistema ACPO, en la opinión de Emanuel de Kadt (8), es que todo gira alrededor del sacerdote parroquial de la aldea. Él organiza, estimula y controla las escuelas radiales. El campesinado poco o nada tiene que decir en cuanto al contenido de las clases y cursillos que se le imparten. A pesar de que la solución técnica de los problemas seculares debiera estar en manos de laicos, son los sacerdotes quienes toman las decisiones, argumentando que su tarea es "la formación de una conciencia cristiana según los principios derivados de la Revelación Divina". El caso colombiano me parece ser un ejemplo de demasiado énfasis en la responsabilidad cristiana en sentido vertical y poco énfasis en su responsabilidad en sentido horizontal.

El caso chileno es completamente distinto. La Iglesia de Chile ha sido reconocida y aclamada continentalmente por su posición progresista y hasta revolucionaria frente a los problemas sociales. Ciertamente que colectivamente los obispos chilenos constituyen el episcopado de más tendencia post-conciliar de la América Latina. Más aún, Chile es el único país en donde un partido cristiano-demócrata ha llegado al poder. El P.D.C. llegó al poder amparado por una ideología elaborada por un grupo de jesuítas entre los cuales figura Roger Vekemans, director de DESAL. Bajo la inspiración de Vekemans y del Centro

(4) Yuasa, Key, op. cit.
(5) Yuasa, Key, op. cit.
(6) Ricardo Chartier: **El Desafío Urbano**, Methopress, 1965.
(7) R. Hoffman, op. cit.
(8) Emanuel de Kadt: **Paternalism and populism: catholicism in Latin America.** Journal of Contemporary History, London, 2 (4), oct. '67.

Bellarmino, se organizó en 1964 una importante agencia gubernamental, **Promoción Popular.** La tarea de Promoción Popular es la de incorporar a las clases marginales chilenas, que constituyen el 50% de la población, a la sociedad y Estado moderno, y, segundo, ayudar a las masas marginales a organizarse y participar en el desarrollo y vida política de la nación. Por lo presente, los esfuerzos más notables de la organización han sido en la educación popular, suministro de mejores facilidades para los habitantes de las villas miseria de las ciudades: luz eléctrica, calles, agua potable, transporte, etc. Para sus críticos, entre los cuales se hallan los miembros del ala izquierda del P.D.C., Promoción Popular se ha convertido, intencionalmente o inintencionalmente, en un instrumento del P.D.C., en una organización política que provee empleo para sus simpatizantes y votos en el día de las elecciones. De allí que, bajo la tutela paternalista del Estado, esta organización tiene pocas posibilidades para la autodeterminación y para hacerle una crítica genuina a la política gubernamental (9).

El tercer caso es el de San Miguelito, un extenso distrito suburbano de la ciudad de Panamá. El caso de San Miguelito es notable porque los fundadores, tres sacerdotes de la Arqudiócesis de Chicago y las religiosas de Maryknoll, se propusieron la creación de una parroquia modelo. Según los informes que he leído sobre el caso, San Miguelito constituye en la actualidad uno de los fenómenos más significativos de la renovación en América Latina. Entre las características más notables del movimiento se pueden mencionar: su labor de desfeminizar la Iglesia, o, más exactamente, masculinizarla, formando una asociación de Hombres Cristianos de San Miguelito; su dirección, eminentemente laica; su labor, de concientización (formación de una conciencia comunitaria); la cristianización de la familia; la evangelización de la comunidad por un grupo de laicos; la formación de parejas líderes; el diaconado laico, etc. (10).

Posiblemente, su mayor originalidad haya consistido que en vez de empezar con una serie de "obras católicas", en otras palabras, en vez de empezar "dando cosas", se ha empezado "formando hombres", lo cual no puede hacerse sino al nivel de la comunidad. Los misioneros y laicos de San Miguelito no comenzaron dando cosas, es decir, construyendo escuelas católicas, asilos, talleres, etc., sino ayudando a los habitantes en el proceso de llegar a ser hombres. Por ello San Miguelito es una comunidad que puede cuidarse a sí misma. Y así muchos de sus miembros han organizado o están organizando cooperativas, talleres, escuelas profesionales, etc. (11).

Por último sólo resta mencionar los grupos católicos en América Latina de una tendencia radical extrema. En su mayoría están formados por jóvenes de la clase media, especialmente entre los estudiantes universitarios. Casos concretos de esto es el grupo juvenil del partido Copei en Venezuela, de la Juventud Universitaria Católica de Brasil, que luego formó el movimiento de Ação Popular, los del grupo de la revista **Inquietudes,** en Bogotá (miembro muy activo era Camilo Torres), la Juventud Universitaria Cristiana de Argentina y otros. Aparte de que comparten con los grupos seculares de extrema izquierda su análisis de las causas de los problemas sociales de América Latina, también insisten en una revolución popular llevada a cabo por el pueblo mismo. Tienen la esperanza utópica de que después de que la revolución haya triunfado y hayan caído las instituciones feudalistas del capitalismo neo-colonial, surgirá un mundo nuevo, un mundo gobernado por intereses e ideologías comunitarias. Otra característica de estos grupos es su admiración por el experimento cubano de Fidel Castro (12). Muchas de las ideas de estos grupos provienen de pensadores católicos como el Padre Lebret, Teilhard de Chardin, Mounier y otros. Pero el impulso más grande lo recibieron de las encíclicas de Juan XIII **Mater et Magistra** y **Pacem in Terris.**

Es interesante notar que muchas de las ideas de este grupo de radicales católicos las comparten también grupos dentro de las Iglesias Evangélicas como ISAL, UNELAM, ULAJE y otros (13).

El peligro de estos grupos es que afirman que todo cambio que es progreso tiene que hacerse necesariamente por la violencia. Por otra parte, sus ideas son altamente utópicas, pues dan por sentado que la eliminación de las empresas capitalistas dará lugar a una sociedad justa e igualitaria.

Queda para otra oportunidad delinear concretamente la posición de las Iglesias del futuro frente a los problemas sociales. En esta misión las Iglesias tienen un papel múltiple: tienen una función profética; una función de servicio dentro del orden social existente; y una función de manifestar la presencia de Cristo en el mundo. ¿Podrán las Iglesias responder a este reto?

---

(9) Emanuel de Kadt, op. cit.

(10) Bravo, Francisco: **Pananía: menos sacerdotes y más laicos.** CIDOC, Doc. 67/6.

(11) Bravo, Francisco, op. cit.

(12) Emanuel de Kadt, op. cit.

(13) William L. Wonderly: **Social Science Research and the Church in Latin America.** Practical Anthropology, Vol. 14, Nº 4.

VI Congreso UNIP

Nosotros, los padres de familia, representantes de las Federaciones de Padres, de los países latinoamericanos, reunidos en la ciudad de Caracas, del 17 al 21 de abril de 1968, en el VI Congreso de la Unión Interamericana de Padres (UNIP), hemos acordado formular, como resumen de nuestras deliberaciones, la siguiente

DECLARACION DE CARACAS

1.—Proclamamos, en este Año Internacional de los Derechos Humanos y conformes con el espíritu ecuménico del Concilio Vaticano II, nuestra firme disposición de hacer causa común con cuantas Asociaciones o Uniones de Padres de Familia estén constituidas en todas las escuelas oficiales o privadas de nuestros países, sin discriminación alguna por razón de raza, religión o clase social, para luchar por el derecho de los padres a elegir la orientación fundamental que debe tener la escuela en que se eduquen sus hijos; pues la condición de padres y el conjunto de derechos y deberes que de ellas se derivan son esencialmente humanos y nos solidarizan e identifican en la más entrañable y profunda de las funciones que la naturaleza y la sociedad tienen asignadas al hombre.

2.—Expresamos nuestra grave preocupación por el número creciente de padres de familia que incurren en abandono o negligencia en el ejercicio de sus funciones paternas, ya sea por ignorancia o incapacidad moral y económica, ya sea para atender preferentemente a otras actividades, con detrimento, en todo caso, de la atención que requiere sobre todo en nuestros tiempos la educación de los hijos.

3.—Reconocemos que las dificultades para el desarrollo económico, la estabilidad política, la integración social, el adelanto cultural y la superación moral de nuestros pueblos tienen su base en la desintegración de la familia y en la deficiente educación de nuestros hijos. Solamente con familia integrada y educación eficiente lograremos la formación del hombre, autor y promotor único de su comunidad. En consecuencia, reafirmamos el derecho fundamental del hombre a recibir educación, la más completa en todos los órdenes. Ello nos obliga, como padres, como ciudadanos y como miembros de la sociedad, a luchar con todas nuestras fuerzas para que alcancen al ejercicio de este derecho los hombres de todo rango, nivel y condición.

4.—Consideramos que la familia es la fuente primordial de la educación porque en su seno los hijos, rodeados de amor, descubren el hondo sentido de la vida y asimilan rectamente las formas probadas de la cultura. Por eso defendemos su integridad como necesidad primera de nuestros pueblos. Pero afirmamos también que, dadas las condiciones de nuestro desarrollo económico, la injusticia social imperante y la postración en que se encuentra la familia en importantes sectores de la sociedad latinoamericana, es deber de los Estados y de las instituciones sociales contribuir en la medida de sus fuerzas al proceso educativo.

5.—Declaramos nuestro más enérgico deseo de que se llegue a alcanzar en todos nuestros pueblos la total democratización de la enseñanza dentro del marco de la más estricta fidelidad a los principios democráticos en que se funda nuestra vida social. Esta democratización exige que todo tipo de enseñanza se ponga al alcance de todos los hombres, sin importar nivel ni rango social, mediante la justa distribución del presupuesto educacional entre los distintos sectores que concurren al proceso educativo.